

Pedro Mañas

David Sierra Listón

# MARCUS POCUS

La maldición de los elfos



DESTINO

# MARCUS POCUS

La maldición de los elfos

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2023  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Pedro Mañas, 2023  
© de las ilustraciones, David Sierra Listón, 2023  
Maquetación: Endoradisseny  
© Editorial Planeta, S. A., 2023  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: febrero de 2023  
ISBN: 978-84-08-26674-7  
Depósito legal: B. 429-2023  
Impreso en España — *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.





Oye, que lo digo en serio.

Mejor cierra el libro y mételo en el cajón de tu mesilla. Luego cierra también el cajón. Por último, quema la mesilla y echa las cenizas al mar.

¡Cualquier cosa con tal de que no me veas con estas pintas!

Te sonará extraño viniendo del brujo más

guapo y molón del universo. Pero es que no sabes el aspecto que tenía al comenzar esta historia.

Si quieres que te diga la verdad, al principio ni siquiera lo sabía yo.

Era sábado por la mañana, y acababa de despertarme en Suncity. No por arte de magia, claro. Es que había ido a pasar el fin de semana a la ciudad con mi padre y mi hermana Loreta.

Fue ella la que, al verme aparecer en la cocina, gritó de repente:

—¡Mirad, un unicornio!

Medio dormido, me volví hacia la ventana. Es lo que tiene ser aprendiz de brujería. Que ver un unicornio resulta tan normal como ver a un perro haciendo pis en una esquina. Pero allí fuera, por la calle, lo único que galopaban eran los coches y las motocicletas.

—¿Es que no lo ves? —rio entonces Loreta—.  
Está ahí mismo.

Mi hermana señalaba algo dentro de la cocina:  
¡a mí!

Mejor dicho, al enorme grano colorado  
que me había salido en mitad de la frente. Lo  
descubrí al mirarme en el cristal oscuro del  
microondas. Por un segundo, pensé que había  
un tomate dentro.



—No seáis exagerados —bostezó mi padre—.  
¡Pero si apenas se ve!

Lo que apenas se veía era mi cara, tapada por aquella cosa monstruosa. Avergonzado, me metí a desayunar en mi habitación junto a Mr. Rayo. Al menos mi cuervo no se metería conmigo.

Eso pensé hasta que despegó e intentó picarme la frente. Había confundido mi grano con una uva madura. Por una vez, fui yo el que le graznó a él.

—¡Oye, que no soy tu desayuno! —grité, abriendo la ventana—. ¡Vete a volar un rato por ahí!

Pasé el resto de la mañana en mi cuarto, buscando el modo de disimular el grano. Cuando papá volvió a verme, me encontró encasquetándome un gorro de lana en la cabeza.





Maldición, no pegaba nada con mi pijama de aguacates.

—Te preocupas demasiado por tu aspecto, Príncipe Marcus —me sonrió papá—. Anda, ¿te vienes con nosotros?

Mi hermana y él trabajan en una pizzería de Suncity, pero aquel día no me apetecía nada ir.

—Normal —se burló Loreta—. Podrían confundir tu grano con una rodaja de salami.

Furioso, le cerré la puerta en las narices y me coloqué frente al espejo del armario. Estaba intentando taparme la frente con el flequillo. Por desgracia, mi pelo es tan indomable como Mr. Rayo. Por más que lo peinaba, siempre volvía a ponerse de punta.

Aún tenía el cepillo en la mano cuando, de repente, mi reflejo comenzó a temblar. No era yo, sino el espejo, vibrando sobre la puerta del armario.

Bingo, me estaban llamando. Es otra de las cosas de ser brujo. Que, en vez de usar el móvil, te llaman por el espejo o por el libro de matemáticas. ¡Eso cuando no se ponen a enviarte mensajes al retrete, claro!

Decidí no contestar. Imagínate que alguien llegase a verme así.